Rasgos postmodernos de la educación ambiental.

Una formación pertinente con las nuevas corrientes de pensamiento¹

*Postmodern features in environmental education.
Relevant training according to new thought trends*

Francisco Javier Pérez Rodríguez*
Albujar Sánchez Joselin del Valle**

*Fecha de recepción: 1 de julio de 2014
Aceptación: 21 de noviembre de 2014
Recibido versión final: 1 de diciembre de 2014*

Resumen

Los problemas ambientales que se suscitan a escala global son evidencia de una crisis, la cual es expresión de una coyuntura más profunda que trastoca los fundamentos del pensamiento de la humanidad en toda una era. Esta situación tiene sus causas primigenias en el modo general de conocer que desde el Renacimiento se implantó en gran parte del mundo occidental y que erigió al desarrollo y al progreso como idearios, hecho que finalmente se tradujo en una relación insostenible entre los humanos y la naturaleza. Esto expone la necesidad que desde las canteras de la educación se dé apertura a una formación ambiental cónsona con las nuevas corrientes de pensamiento. Es por ello que este ensayo pretende esgrimir los rasgos postmodernos de la Educación Ambiental como proceso pedagógico formal y no escolarizado en los planos epistemológicos, ontológicos y axiológicos, estableciendo la pertinencia del estudio de los problemas ambientales a partir de la crítica a los logros de la ciencia clásica, dando a su vez apertura a la concatenación de ideas y tópicos para la generación de un pensamiento complejo, un conocimiento interdisciplinario y saberes con grandes cimientos éticos que garanticen el cumplimiento de los propósitos de la Educación Ambiental.

Palabras clave

Ambiente, ciencia, Educación Ambiental, Modernidad, Postmodernidad.

1. Universidad de Carabobo. Facultad de Ciencias de la Educación. Departamento de Biología y Química.

* Profesor de Química, Egresado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador UPEL-Maracay Venezuela. Profesor en la categoría de Asistente de la Universidad de Carabobo y la UPEL Maracay. Investigador en el Núcleo de Investigación Modelos Alternativos de Enseñanza de Ciencias Naturales NIMAECNA. Nacionalidad: venezolana. Correo electrónico: javierpr1987@gmail.com.

** Licenciada en Química Egresada de la Facultad de Ciencia y Tecnología de la Universidad de Carabobo. Especialista en Control y Gestión Ambiental. Profesora en la Categoría de Instructor de la Universidad de Carabobo. Correo electrónico: joselin_albujar@hotmail.com.

Abstract

The environmental problems that arise on a global scale are evidence of a crisis, which is an expression of a deeper situation that disrupts the humanity's foundations of thought through an entire era. This situation has its roots in the general way of knowing introduced since the Renaissance in most of the Western world, with development and progress as main ideologies, a fact that eventually resulted in an untenable relationship between mankind and nature. This compels education to embrace an openness regarding new possibilities of environmental training in harmony with new currents of thought. The purpose of this essay is proposing the postmodern features of Environmental Education (as a formal and informal pedagogical process) in its epistemological, ontological and axiological levels, emphasizing on the relevance of approaching environmental problems from a perspective that recognizes the critiques around the logos established by classic science. This should allow generating new articulations of ideas and topics around complex thought and ethical interdisciplinary knowledge, which may guarantee the compliance of Environmental Education's purposes.

Keywords

Environment, science, Environmental Education, Modernism, Postmodernism.

A manera de introducción

Los grandes avances de la producción intelectual, científica y académica que hoy día ostenta la humanidad (y en especial las sociedades desarrolladas y potencias económicas a nivel planetario) han sido apoyados históricamente por un gran cuerpo de ideas denominado ciencia; cuerpo que se muestra como un gran complejo cultural a partir del cual la humanidad ha intentado encontrar una forma de coherencia intelectual. El desarrollo y el progreso ilimitado se han erigido como ideario para las sociedades, cimentados en supuestos, logos, ideas y postulados, hecho que se ha traducido en una relación humano-naturaleza insostenible. Todo esto se enmarca dentro de una corriente de pensamiento llamada Modernidad, no como periodo histórico, sino como corriente que se nutre de la interpretación de teorías científicas, de su resonancia, de su influencia en las concepciones de los científicos y en la praxis de vida de las sociedades (Prigogine y Stengers 1986 en Moreno 2005).

De tal forma que la ciencia moderna o bien conocida como ciencia clásica, originaria del Renacimiento y de la revolución científica, no se sostiene por sí sola. Tras esa estructura híper especializada se encuentran rígidos cimientos o logos que dan fe del

conocimiento científico ulterior apoyado por áreas como la epistemología, la filosofía y la sociología (entre otras) que se han encargado de otorgarle validez. Sin embargo, desde esas mismas canteras de la racionalidad han surgido interrogantes, visiones, posturas y críticas que han puesto en tela de juicio y han perfilado la cruda realidad de una crisis de pensamiento; crisis que se ha manifestado en la existencia de grandes puntos de inflexión en el plano histórico, científico, cultural y axiológico que plantean el fin de una corriente de pensamiento y la apertura de otra, tal como lo denominó Vaclav Havel, ex-Presidente de la República Checa, como “el doloroso parto de una nueva era” (Martínez 2010, 25). Esta corriente naciente se expone no como un periodo posterior a la Modernidad, sino que se sitúa sobre ella juzgándola, planteándose como un movimiento cultural enmarcado en el conocimiento y la información, que perfila la emancipación de la razón y la liberación de la influencia de los grandes relatos y postulados, asomando la idea del fin de la ilusión del progreso y del crecimiento económico ilimitado (Lyotard 1987; Martínez 1997; Díaz 1999; Mires 2005)

A la luz de la existencia de esta crisis de pensamiento y del resurgir de una nueva racionalidad científica, la

prioridad no está en tomar posición y postura ante ello, sino en comprender, desmontar, desaprender, desarticular e interpretar lo existente de trasfondo. Es necesario concienciar la actividad científica y la educación, con el fin de comprender la forma como se relacionan los individuos con la naturaleza y desmontar toda una estructura de pensamiento que a manos de la humanidad ha hecho del planeta un somero depositario de materia prima y un terraplén para los desechos. Es por ello que por medio de este ensayo se plantea la necesidad de interpretar los cambios e inflexiones epistemológicas, científicas y filosóficas que está sufriendo la ciencia y el pensamiento a la luz de una Educación Ambiental cónsona con ello. Se entiende por Educación Ambiental un proceso educativo formal y no escolarizado dirigido a propiciar conocimientos, habilidades, actitudes y valores a favor de la naturaleza y del contexto sociopolítico, con el fin de un bienestar común y una mejor calidad de vida (Camacho 2007). En este documento se expone entonces la necesidad de una Educación Ambiental que más allá de ser una somera asignatura, con rasgos tradicionales y conservadores en cuanto a la forma de generar conocimientos y abordar las problemáticas ambientales, sea un eje transversal en todo el proceso educativo y se encuentre signado por rasgos filosóficos, epistemológicos y axiológicos de naturaleza postmoderna.

Desmontaje de los logros de la ciencia clásica

Los humanos, como seres que residen en este planeta, sin duda tienen una intrínseca relación con su medio natural, dado que este último es la fuente de energía y materia que utiliza para su existencia. Por tanto, estos individuos no son ajenos a la naturaleza, y viceversa; al contrario, como ser vivo, cada humano no escapa de esa magia que matiza a los procesos biológicos y naturales que se suscitan en todos los niveles de organización de la materia viva. De tal forma que es pertinente hablar de una relación humano - naturaleza, pues desde que estas poblaciones se encuentran en la faz de la tierra, cada civilización y generación se ha dado a la tarea de enseñar los fundamentos básicos de supervivencia, de la convivencia y de la simbiosis con

el resto de los seres vivos que componen la biosfera (Pou 2005). Este hecho se ha dado en las sociedades partiendo de una racionalidad alimentada de los rasgos culturales, intelectuales y de orden social, que se han extrapolado en la forma como el humano se relaciona con la naturaleza e impacta sobre ella, indicando entonces que tras los hechos visibles existen elementos intrínsecos.

Antes de 1400 gran parte de las civilizaciones poseía una visión orgánica del mundo, hecho que asevera Capra (1982) cuando enuncia que “las personas vivían en pequeñas comunidades solidarias y sentían a la naturaleza en términos de relaciones orgánicas, cuyos rasgos característicos eran la interdependencia de los fenómenos materiales y espirituales y la subordinación de las necesidades individuales a las comunitarias” (p. 27). Es en el Renacimiento, momento histórico que marca el inicio de la Modernidad, donde esa visión orgánica, viviente y espiritual se fragmenta y es reemplazada por la del mundo como máquina, metáfora que a la postre se convirtió en la percepción dominante, adjudicándole a la naturaleza una visión simplificada, sintética y prefabricada, perfilando los principios intelectuales, sociales, culturales y axiológicos de las grandes sociedades del mundo occidental (Capra 1982; 1996).

Con el fin de dar respuesta a las consecuencias de la guerra y la imperiosa necesidad de impulsar las sociedades hacia el progreso y a la mejoría de la calidad de vida, las sociedades occidentales promovieron desde la Filosofía Positivista de Augusto Comte la necesidad del crecimiento intelectual a partir de la ciencia y la tecnología, hecho que se evidencia en el surgimiento de un movimiento que pensadores como Capra, Moreno y Martínez denominan revolución científica, representado en las ideas de Copérnico y su postulado heliocéntrico del universo; en Galileo Galilei, padre de la metodología científica e impulsor de la descripción de la naturaleza bajo un lenguaje matemático; en los aportes de René Descartes respecto al pensamiento analítico, el dualismo mente – materia y el carácter determinista de la ciencia; en Francis Bacon, quien esgrimió que el fin último de la ciencia era la obtención del conocimiento para dominar, controlar la naturaleza y ponerla a la orden del hombre; y finalmente la joya de la corona, la teoría

del movimiento gravitatorio de Isaac Newton (Capra 1982; 1996; Martínez 1997).

De las grandes aportaciones antes mencionadas se decantan supuestos como la distancia entre el sujeto y objeto de estudio; la ausencia de valores por parte del sujeto investigador; la naturaleza objetiva del saber; la vía hipotético-deductiva; el carácter reduccionista y su esencia newtoniana – cartesiana; entre otros aspectos que delimitaron la naturaleza del conocimiento científico consolidado en la mayoría de las sociedades occidentales en el siglo XX. Estos supuestos han regido todo proceso cognoscitivo formal en gran parte del mundo occidental y hacen de las ciencias una extensa y vasta maquinaria de producir conocimientos y saberes, centrando su atención en las explicaciones causales, siendo la naturaleza y sus fenómenos el principal objeto de investigación (Martínez 1999). Esto da la garantía de que el conocimiento que se produce en las ciencias es objetivo y que es imagen especular de la realidad existente. Aunado a ello emergen entonces otros rasgos propios del conocimiento como la reproductividad y fiabilidad, además de su naturaleza cuantitativa; es decir, que el conocimiento científico debe ser observable, medible y reproducible; quedando así descartado cualquier otro medio cognoscitivo (León 2010).

La Educación Ambiental no está exenta de estos logos, cimientos y fundamentos de la ciencia moderna, pues a pesar de emerger en la segunda mitad del siglo pasado bajo una naturaleza reaccionaria a los impactos del progreso moderno y siendo en sus principios reformistas, conservó ciertos elementos en cuanto a lo epistemológico, en la forma de concebir la realidad y lo axiológico, lo cual le adjudicó rasgos propios de las ciencias naturales (Camacho 2007). Prueba de ello es que la Educación Ambiental formal o escolarizada es concebida como una asignatura muy familiarizada con la ecología, donde se explican de forma aislada los procesos y problemas ambientales y donde no parece tener cabida lo social, lo cultural, lo axiológico y filosófico.

La trascendencia y consolidación del orden cultural en la Modernidad al cual se hace mención, estriba en la convergencia de dos grandes ideas: el positivismo como filosofía que promovió una racionalidad científica,

y el modelo económico capitalista, dualidad que generó en las sociedades occidentales una visión “antropocéntrica” que implicó una visión de la vida centrada en el hombre y en sus necesidades, haciendo de la ciencia y la tecnología una maquinaria para producir bienes y servicios en pro de la calidad de vida de las sociedades. De esta misma visión se generó desde la Modernidad una supremacía de la cultura del tener por encima de la cultura del ser, desterrando a la humanidad y convirtiéndola en coleccionista de cosas, exaltando al desarrollo y al progreso como ideales a seguir. Esto caló un sitio importante en el mundo occidental a nivel cultural, tanto así que para muchas personas la esencia de la vida es obtener, comprar y coleccionar objetos por medio de la acumulación de riquezas, favoreciendo a las estructuras económicas que promueven el consumo (Climent 2005; Novo 2009).

De tal forma que desde la relación humano-naturaleza, la visión antropocéntrica posee una importante cuota de responsabilidad ante los males que hoy día sufren las sociedades a nivel global en el contexto económico, social, cultural y ambiental, puesto que esta visión trajo consigo un desarrollo insostenible e irrespetuoso de la naturaleza (Capra 1982). Evidencia clara de ello es la catálisis de los males ambientales que el planeta sufre desde la última mitad del siglo XX y lo que va de siglo XXI. Gases de efecto invernadero que afectan la capa de ozono, la destrucción de grandes extensiones de zonas arbóreas que acaban con los ecosistemas, la contaminación de numerosos cuerpos de agua con agroquímicos, variaciones climáticas, la extinción de especies animales y vegetales, y el incremento de enfermedades en los seres humanos producto de la polución, son una breve muestra de la degradación ambiental que se manifiesta como un síntoma de una crisis que no es solo ambiental, sino de civilización (en especial la occidental) y de humanidad, que ostenta un importante desarrollo y que expresa el triunfo de la racionalidad tecnológica y económica por encima de la belleza del sistema natural (Leff 1998; Dale 2002).

Todos estos males, como manifestaciones de una crisis de escala planetaria, en el fondo muestran la existencia de un punto de inflexión en la historia, donde se evidencia un resquebrajamiento de los soportes ideológicos del supuesto crecimiento. Los

fundamentos filosóficos y logos del conocimiento científico actualmente se ponen en tela de juicio, dándose curiosamente este hecho en un momento en el cual las sociedades producen grandes volúmenes de conocimientos (Martínez 1999; Leff 2006).

Los indicios de un pensamiento postmoderno en el plano ambiental

Sin duda la Modernidad ha rendido sus frutos, la humanidad en su praxis está en contacto permanente con rasgos del mundo moderno que han mejorado su calidad de vida. Por esto es necesario preguntarse, ¿qué se llama entonces el fin del ideario del progreso? Reflexionar sobre ello resulta vital para comprender el por qué del surgimiento del pensamiento postmoderno, pues en el plano histórico y científico se han suscitado hechos que han llevado a cuestionar a la Modernidad.

El lanzamiento de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki (mostrando el fin del progreso científico benefactor), las revoluciones sociales de la Europa occidental y la caída del muro de Berlín como símbolo del fin de los “ismos” son grandes referentes históricos de estos cuestionamientos. Por otra parte, el surgimiento de la física cuántica desde Planck y los grandes descubrimientos de Schrödinger hasta llegar al revolucionario dualismo onda – partícula de Broglie, aunado a las tesis de Prigogine sobre el no equilibrio y de Lorenz sobre los sistemas climáticos, son aspectos que han cambiado la historia científica, siendo expresiones del resurgir de una nueva ciencia con importantes rasgos que distan de los grandes logos tradicionales (Belandria 2007).

Es así como a nuestro juicio la Postmodernidad no es un periodo histórico. Visualizarlo así sería darle a sus ideas un matiz lineal y determinista. El Posmodernismo realmente parece ser un movimiento cultural que está sobre la Modernidad, juzgándola, criticando sus logos, estableciendo como premisa la emancipación de la razón y la libertad de la influencia de los grandes relatos y postulados (o bien, de los “ismos”), dándose así paso a la apertura de la pluralidad y diversidad. Esta corriente de pensamiento establece el fin del ideario como progreso y enaltece la percepción como fenómeno cognitivo propio de la humanidad (Martínez 1997; Mires 2005), hecho que ataca los

grandes logos de la Modernidad, entre ellos el más importante: la objetividad. Esto da la posibilidad de una formación, de una educación en general que no desconozca la ciencia clásica, sino que tome de ella lo valioso, lo necesario para así poder impulsar una nueva ciencia. Estas ideas cobran importancia en el plano ambiental, donde la existencia de una crisis global como expresión de una coyuntura más profunda, amerita una formación discrepante de la ciencia clásica y que esté cónsona con la naturaleza de los problemas a abordar.

Las revolucionarias ideas de Kuhn en el marco de su obra “Las estructuras de las Revoluciones Científicas” es uno de los referentes a los cuales se le acuña el fin de la objetividad desde el ataque del elemento fundamental de la ciencia moderna, como la *adaequatio*, o bien de la dualidad mente-materia, teniendo como precedente la dualidad onda- partícula. La decisión del investigador de abordar las partículas subatómicas bajo estas dos posibilidades irrumpe con la distancia entre el sujeto y el objeto y la ausencia de valores por parte del sujeto cognoscente (Martínez 1997; Moreno 2005; Belandria 2007). Este es un rasgo vital a la luz de los problemas ambientales, pues la humanidad parece creer estar distante o exenta de la naturaleza y de lo que la rodea, pero al contrario está inmersa en ella, vive y forma parte de la misma, y desde el plano ontológico dicho entorno es vital para generar la sensibilidad y espiritualidad terrenal.

Naturalmente, estas ideas no tienen cabida en la Modernidad, pero sí en las corrientes postmodernas. Es así como dos dimensiones, lo ontológico y lo epistemológico, se resquebrajan, mostrándose la necesidad de una formación ambiental que revierta el alejamiento propio de la visión antropocéntrica que se ha inoculado desde la formación disciplinar y especializada.

De la objetividad surgieron grandes meta- teorías o bien grandes “ismos” que imperaron en la Modernidad y apuntaron a la búsqueda de un grado superior de universalidad, rasgo que según Popper se traduce en la imposibilidad de una explicación última, de una verdad acabada (Echeverría 1996). Sin embargo, la particularidad, las excepciones y los pequeños detalles del contexto se han abierto paso en la consolidación de una nueva ciencia, prueba de ello es la posibilidad de

generar teorías y constructos que solo son aplicables en un tiempo y espacio determinado, cayendo así las verdades únicas e incuestionables de las teorías científicas, sin que estas particularidades pierdan de vista su vinculación planetaria. Este rasgo en la Educación Ambiental se evidencia desde el abordaje de problemáticas locales y específicas, donde el investigador no solo debe limitarse a estudiar de manera focalizada el problema sino que debe estar proyectado bajo una visión planetaria que logre vincular esa realidad local con el contexto global y planetario.

Explicar el por qué de las cosas, el establecer la linealidad causa- efecto ha sido uno de los fines últimos de la ciencia clásica moderna, sin embargo el fin de el determinismo en manos de las ideas postmodernas estriba en el principio de indeterminación o incertidumbre en la naturaleza atómica de Heisenberg (Martínez 1997). La imposibilidad de conocer con gran certeza el comportamiento de las partículas subatómicas irrumpe esa linealidad determinista y da la posibilidad de pensar en el suscitarse o no de los fenómenos; posteriormente estas ideas desconcertantes para la ciencia clásica y en especial para los físicos fueron apoyadas por teorías como la de los cuerpos celestes de Poincaré, el no equilibrio de Prigogine y la revolucionaria teoría del caos de Lorenz. Este rasgo postmoderno es de suma importancia para el estudio de los problemas ambientales, pues la finalidad de la ciencia no solo es dilucidar una relación lineal causa-efecto, sino que también se han de considerar otros rasgos relevantes inmiscuidos. Los problemas ambientales son realmente complejos y constituyen entramados donde se concatenan un gran número de elementos, por tanto reducir el hecho a una simple linealidad no es viable y no es cónsono con la naturaleza de las problemáticas ambientales (Pérez et al. 2013).

La Postmodernidad, en su crítica a la ciencia clásica, trastoca los grandes logros de cómo se produce el conocimiento y cómo se aborda el contexto. Las ideas de Descartes que plantean la necesidad de analizar y fragmentar las cosas para poder conocerlas y comprenderlas generaron una hiper especialización, es decir, la estructuración de grandes maquinarias productivas separadas en parcelas, disolviéndose lo esencial. Claro está, ese desarrollo disciplinario de las ciencias no

solo aportó ventajas respecto a la división del trabajo, pero también generó enclaustramiento y fragmentación, de tal forma que no solo se produjo conocimiento y elucidación, sino también ceguera e ignorancia. Es por ello que la Postmodernidad busca generar un conocimiento pertinente, capaz de situar toda información en su contexto mediante la interdisciplinariedad y la conjugación del conocimiento con el fin de totalizar y contextualizar (Morin 1991; 1999). En el mismo plano ontológico, la Postmodernidad ha traído consigo un gran postulado que en el seno de la praxis pedagógica ha tenido gran aceptación, la *Teoría de la Complejidad*.

Mencionar complejidad es sinónimo de relación, complementariedad, de concurrencia, de antagonismo, recursividad y hologramática entre las instancias co-generadoras de conocimiento. La complejidad no es solo sumar y relacionar aspectos de una disciplina con otra, como se ha querido demostrar desde superfluas ideas pedagógicas y que hoy por hoy están en boca de muchos; al contrario, la complejidad es vincular, cimentar y comprender la totalidad. Es así como el lenguaje de la complejidad hace referencia a fluctuaciones, turbulencias, inestabilidades, ruptura de simetrías, grados de libertad, disipación, desequilibrios o equilibrios dinámicos; en fin, irreversibilidad y no menos importante, la posibilidad de abordar la realidad desde el estudio de las transiciones orden-desorden (Maldonado 2007).

Esto en el plano de las problemáticas ambientales es un elemento de vital interés, dado que la naturaleza reticular, compleja y multiversa que puedan tener los problemas ambientales (tanto locales como globales) siempre tendrán particularidades acuñadas por la sociedad que comúnmente no son consideradas en las ecuaciones para la búsqueda de soluciones, hecho que a la postre se traduce en la aplicación de medidas foráneas que muchas veces no resultan y en vez de convertirse en una panacea, son un incordio. En este sentido, la Educación Ambiental demanda de posturas que desde lo ontológico consideren la reticularidad, totalidad y multidimensionalidad de los problemas ambientales que componen el contexto a abordar, dejando a un lado el parcelamiento y la toma de medidas parciales y poco efectivas.

El fin de la objetividad, el determinismo y la universalidad de los conocimientos y saberes en el

seno de la actividad científica deja atrás la idea de una norma o regla *sine qua non* (sin la cual no) para la producción intelectual, emergiendo como instrumento vital para la investigación, *la interpretación*, pues lo que puede ser verdad para uno, tal vez no lo sea para otro. Esto da cabida a un concepto interesante de Vattimo llamado *ética de la interpretación*, que consiste en el pensamiento blando, carente de rigidez y vulnerable a la interpretación de las personas. Sin duda es un factor de riesgo postmoderno, dado que a la luz de su emancipación da la posibilidad de que surjan proyectos sociales sin fundamento, que finalmente se podrían alimentar de condiciones sociales, políticas, culturales y axiológicas particulares (Vattimo 1994; Blanco 2007). Esto es un hecho que se hace sentir en las sociedades actuales y en la forma como las personas se relacionan con la naturaleza, pues cada quien hace y deshace las cosas según su interpretación, pues queda en evidencia que ese reblandecimiento de las éticas debe ser sopesado con conocimiento, saber e información, de lo contrario la ignorancia arrojará a las sociedades. En el mismo orden de ideas, se hace pertinente que las sociedades a la luz de los postulados postmodernos se interpeleen entre sí, reconozcan su existencia, se valoren, respeten e identifiquen como sujetos que forman parte de una sociedad. Esto sin duda se enmarca dentro de lo ambiental, pues en las nuevas corrientes de pensamiento, el ambiente no solo es lo natural o rural, sino que también incluye lo urbano y lo humano (Sauve 1999).

Conclusiones: la pertinencia de una formación ambiental con rasgos postmodernos

La naturaleza reticular y compleja de los problemas ambientales expresada en una crisis hoy latente en la globalidad, rapidez, diversidad, conjugación y persistencia de los fenómenos ambientales, representa de fondo un problema humano y civilizatorio, hechos que vislumbran una crisis más profunda que inmiscuye al pensamiento, a la civilización y a la humanidad, donde lo ambiental es solo una evidencia de ello. Esta coyuntura hace pertinente desaprender las estructuras de pensamiento en las cuales las sociedades modernas han estado sumidas y que se han decantado en rasgos

como la relación insostenible humano-naturaleza. Sin duda, gran cuota de culpa la lleva a cuesta el pensamiento moderno dicotómico determinado por la filosofía positivista y el modelo económico centrado en el capital, es por ello que Vattimo (1994) asevera que la Postmodernidad no es una época o bien una idea sobre la Modernidad, sino una carga que trae sobre sí la humanidad que busca redención y que las ideas postmodernas, con todas sus discrepancias, antagonismos e inflexiones, representan el sendero que las comunidades científicas han tomado. Esto es un rasgo de las corrientes ecologistas y ambientalistas y de los movimientos académicos preocupados por la sostenibilidad.

Los docentes en Educación Ambiental y otros grupos sociales comprometidos con el ambiente y la formación ambiental deben reconocer al Posmodernismo como alternativa, como una emergente corriente de pensamiento. Para esto es necesario que la Educación Ambiental, como proceso pedagógico formal y no escolarizado, deje de ser una simple y somera asignatura de cualquier carrera, modalidad y nivel educativo y se convierta en un cuerpo cultural que se permee en la forja de un pensamiento ambientalista que vaya más allá de los detalles técnicos y científicos e híper especializados, dando cabida a esferas axiológicas sensibles, a particularidades sociales, a la crítica, al cuestionamiento de los sistemas de desarrollo, al abordaje de las relaciones entre los seres humanos, a la valoración y a la sensibilidad.

Los problemas ambientales ameritan de una ciencia y de un proceso educativo que no deje a un lado u olvide los ideales y grandes logros de la Modernidad, sino que tome de estos lo necesario, pues desaprender no implica olvidar; sería utópico pensar en un mundo donde lo moderno sea desterrado y borrado de los procesos intelectuales y sociales. No obstante, la naturaleza reticular y compleja de los problemas ambientales amerita de una ciencia, de una formación ambiental que sea cónsona con las nuevas corrientes de pensamiento y con rasgos como los que se mencionan en las siguientes ideas.

La Educación Ambiental debe ser permeada por posturas que permitan imbricar y concatenar ideas, tópicos y saberes para la construcción permanente del

pensamiento complejo, apoyados en la promoción de la interdisciplinariedad para el derrumbe de las parcelas especializadas del saber que imposibilitan ver el todo de los problemas ambientales, es decir una Educación Ambiental que dé cabida a un pensamiento complejo, reticular, rico, multiverso, multidimensional y donde el humano no diste del objeto de estudio, sino que forme parte de él.

La formación ambiental con rasgos postmodernos debe reconocer las particularidades del contexto, de la localidad, de los detalles, en especial los sociales y culturales, sin perder de vista la trascendencia de ello en lo planetario y global. Esta idea permea lo epistemológico, lo axiológico y ontológico, puesto que implica redimensionar la manera de conocer, el contexto y la valoración que el sujeto imprime a lo estudiado.

Referencias

- Belandria, J. 2007. *Arte y Ciencia*. Mérida: Universidad de los Andes Publicaciones Vicerrectorado Académico.
- Blanco, J. 2007. "La Ética de la interpretación de Gianni Vattimo, en el contexto de la Postmodernidad". *Revista de Filosofía A parte REi*: 1-142. [Revista en línea] 24 12-125. <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/galvez54.pdf> (Consulta el 24 de abril de 2014).
- Camacho, 2007. "La Educación Ambiental entre la Modernidad y la Postmodernidad". *La Ciencia Fundación CENAMEC, Boletín Multidisciplinario* 17: 10-15.
- Capra, F. 1982. "Ciencia, Sociedad y Cultura naciente". En *El punto crucial*, editado por Capra, F., 12-31. Buenos Aires: Editorial Estaciones.
- Capra, F. 1996. "Una nueva Perspectiva de los Sistemas vivos". En *La Trama de la vida*, editado por: Capra, F., 37-55. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Climent, V. 2005. *Sistemas productivos, agentes sociales y crisis ambiental*. Barcelona: Gràfic Anagrafic.
- Dale, C. 2002. *Dentro y fuera de tu mente ¿dónde estamos?*. Barcelona: ONIRO.
- Díaz, E. 1999. *Postmodernidad*. 3ra Ed. Argentina: Editorial Biblos Filosofía.
- Echeverría, J. 1996. *Filosofía de la Ciencia*. Barcelona: AKAL.
- Leff, E. 1998. *Saber ambiental: Sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. México: Siglo XXI editores.
- Leff, E. 2006. Complejidad, Racionalidad Ambiental y Diálogo de Saberes. Ponencia presentada en el I Congreso internacional interdisciplinar de participación, animación e intervención socioeducativa (Noviembre). Barcelona.
- León, J. 2010. *El Ambiente: Paradigma del nuevo milenio*. Caracas: Editorial ALFA.
- Liotard, J. 1987. *La condición postmoderna*. Madrid: Ediciones Minuit.
- Maldonado, C. 2007. "El problema de una Teoría General de la Complejidad". En: *Complejidad: ciencia, pensamiento y aplicaciones*, editado por: Maldonado, C., 101-132. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Martínez, M. 1997. *El Paradigma Emergente. Hacia una nueva teoría de la racionalidad científica*. México: Editorial Trillas.
- Martínez, M. 1999. *La nueva Ciencia*. México: Editorial Trillas.

- Martínez, M. 2010. *Nuevos paradigmas en la investigación*. Caracas: Editorial ALFA.
- Mires, F. 2005. *La Revolución que nadie soñó. La otra postmodernidad*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.
- Moreno, A. 2005. *El aro y la trama*. (6a ed.) Florida: COMVIVIUM Press.
- Morin, E. 1991. *El Método Las Ideas*. Seúl: Ediciones Cátedra.
- Morin, E. 1999. *La cabeza bien puesta – Repensando la reforma reformar el pensamiento*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Novo, M. 2009. “La educación ambiental, una genuina educación para el desarrollo sostenible”. *Revista de Educación UNESCO*: 195-217.
- Pérez, F., Arteaga V. y Gómez, D. 2013. La Educación Ambiental como ente promotor de una visión sistémico-ecológico en las ciencias naturales. Ponencia presentada en el VII Congreso Nacional y 2do Congreso Internacional de Investigación de la Universidad de Carabobo. Valencia, 2013.
- Pou, A. 2005. “Educación Ambiental y Desarrollo Humano”. *Revista Futuros, revista trimestral latinoamericana y caribeña de desarrollo sustentable*. 12: 293-303.
- Sauve, L. 1999. “La Educación Ambiental entre la modernidad y la postmodernidad: en busca de un marco de referencia educativo integrador”. *Tópicos en Educación Ambiental* 1 (2):7-25.
- Vattimo, G. 1994. *El fin de la modernidad. Nihilismo y Hermenéutica en la cultura postmoderna*. Barcelona: Gedisa.